La ficción de un absoluto

Posted on 1 de abril de 1997 by César Antonio Molina

Notas para una ficción suprema de Wallace Stevens vio la luz por primera vez en una pequeña edición en el año 1942. Posteriormente estos poemas fueron colocados al final de su libro *Transports to Summer* publicado pocos años después, en el 1947. En su poema «A High-Toned Old Christian Woman», incluido en su primer libro, *Harmonium,* el poeta norteamericano decía en un verso que «La poesía es la ficción suprema, señora». Pero esta ficción suprema no la llegó a definir jamás, ya que esa indefinición era el valor que le daba a la poesía a diferencia de la filosofía que trataba de sistematizar el pensamiento.

Poesía es lo que más próximo está a la verdad única, reconstruye las palabras del libro supremo *(extremest book)* que están ya sólo en uno mismo. Stevens siente que sus poemas participan de esa comunión con la incierta luz que él no trata de desvelar ni aclarar, sino únicamente nombrar en la quietud, «en la central de nuestro ser durante un instante, / la intensa transparencia que tú traes es la paz».

El poeta más que conocer, debe ignorar, debe reconocerse como un creador, es decir, como alguien que parte del magma al que siempre se le está dando nueva forma. El poeta más que construir, debe destruir, limpiar «un cielo / que nos ha expulsado con nuestras imágenes». El poeta debe podar el bosque de árboles impuros, incluso talarlo todo pues las palabras, la sintaxis, las metáforas ya son de todos y no de él mismo. Sobran los nombres, las cosas deben volver a su innominación: «El sol / no debe tener nombre, florecedor de oro, sino ser / en la dificultad de lo que él va a ser». La poesía es lo que no es: «Sabe que lo que tiene es lo que no es / y lo desecha como una cosa de otro tiempo, / como la mañana se deshace de la luz rancia de luna y del raído sueño». No es el tedio del pensamiento, no es el tedio del deseo. La poesía es el no tener, o tener lo que no es.

El poema reconstruye el universo, lo redime de su imagen marchita, renueva la vida, nos acerca al primer instante, a la primera idea incluso cuando ella todavía no existía. «El poema, a través del candor, trae de nuevo un poder / que a todo da una índole cándida.» El poema reconstruye la naturaleza antes de la creación del hombre y de sus metáforas e imágenes para describirla, «Había un mito antes de que el mito empezara». El poema surge en un lugar que no es el nuestro, y en ese lugar en el que vivimos, no somos nosotros, «nosotros somos los imitadores». El poema no es la razón cartesiana, sino su pérdida en los abismos (en el tiempo y el océano). El poema no es un combate, sino la derrota de yacer «en silencio sobre tu cama». No se le advierte porque no se le ve, ni se le ama ni se le odia, porque no se le

advierte.

En el poema VI, Stevens contrapone el espacio y el tiempo real con la abstracción. La abstracción no existe, es la inmanencia, es decir, lo que es inherente a algún ser o va unido de un modo inseparable a su esencia. «Lo abstracto ficticio es tan inmanente en la mente del poeta como la idea de Dios es inmanente en la muerte del teólogo. El poema es una lucha contra la inaccesibilidad de lo abstracto. El tiempo al que se refiere en el poema, partiendo de lo real, queda preso en la mente de cada persona, es una creación individual más que un signo colectivo, es visible o invisible o ambas cosas, no se percibe por la visión del mismo, sino por el pensamiento, es una "abstracción sagrada".»

El poeta vive en el sueño, en un espacio que son todos los tiempos, en su borde con el despertar que es un acontecimiento fortuito. Y en este vacío, Dios, es un hombre más, el pensador de la primera idea que en cada momento otros tienen que volver a pensar y nombrar. Dios es el pensamiento, el poeta su palabra. Y no hay pensamiento sin palabra, porque esa primera idea fue algo imaginado que sólo late en la palabra. El poeta es un expósito del tiempo, del espacio, del pensamiento mismo. Y de todos es un invencible fracaso, «de la razón, / alumbrado a media noche por el ojo estudioso, / envuelto en ensueño, objeto del / zumbido de los pensamientos evadidos en la mente, / oculto a otros pensamientos…». ¿Invencible también para la muerte? ¿La muerte es una realidad o una ficción? ¿Quizás una ficción de la realidad?: «¿Por qué, entonces, cuando con dorada furia / la primavera consuma las sombras del invierno, por qué / habría de hablarse de regresar o / de muerte en el sueño del recuerdo? ¿La primavera es un dormir?». Stevens comenta en otra misiva: «No podemos borrar ni hacer caso omiso de la muerte, y sin embargo no vivimos en el recuerdo».

El poema se hace con palabras y con sonidos indescriptibles que tratan de descifrar el silencio o incluirse en él. ¿Descifrar el primer pensamiento o incluirse en él? El poema arde en el deseo de lo inaccesible y el poeta duda en el fuego de la consumación. Arde en deseos «de otra dicha accesible». El poeta, por su vulnerabilidad a la seducción, hace debatir al poema entre su propio lenguaje indescifrable y el de la comunicación. Pero el verdadero poema, ¿no será aquel al que nunca le alcancen las palabras y quede sólo colgado del pensamiento? Pero el verdadero poema, ¿no será aquel que es capaz de evadirse de los lenguajes? Sin embargo, el poeta está tentado por la materia vulnerable, y Wallace Stevens, más que omitir esta realidad, sugiere que ella misma agudice el sentido de lo ficticio. ¿El poema no debería estar más cerca de la desnudez de la nada que del primer pensamiento? La nada era una ausencia, un punto, «más allá del que el pensamiento no podría regresar como pensamiento. / Tenía que elegir. Pero no era una elección / entre cosas que se excluyen. No era una elección / entre, sino de. Eligió incluir las cosas / que están una en otra

incluidas, el todo, la complicada, la acumuladora armonía».

El autor de *Notas para una ficción suprema,* piensa que no debe eludirse el pathos humano, el pensamiento y la imaginación son parte de él, «…tal vez, / el hombre-héroe no es el monstruo excepcional, / sino quien de la repetición es el mayor maestro». Hay que encontrar lo real, «quedar despojado de todas las ficciones a excepción de una, / la ficción de un absoluto». Y esa ficción radica en el Ángel, el guarda de la nada abismal. El poeta, como ángel caído, trata de encontrar a su doble, busca lo inmaterial de su materia, busca lo irracional de su razón, busca lo intemporal del tiempo, busca el silencio de los sonidos, busca lo real de su ficción: «…Te / conviertes en el fantasma de pies silentes, la irracional / distorsión, sin embargo fragante, sin embargo querida. / Eso es: la más que racional distorsión, / la ficción que resulta del sentimiento. Sí, eso. // Lo pondrán en claro un día en la Sorbona. / Volveremos al atardecer de la conferencia / complacidos de que lo irracional sea racional, / hasta que tocado por el sentimiento, en una calle dorada, / te llame por tu nombre, mi verde, mi fluido mundo. / Habrás dejado de girar salvo en el cristal».

Javier Marías, como ya nos tiene acostumbrados, realiza una magnífica versión de tan endiablados versos, así como hace también unas sucintas y jugosas anotaciones.

Autor: WALLACE STEVENS

Edicion: Pre-Textos, Valencia, 1996

Paginas: 108 págs.

Titulo: Notas para una ficción suprema